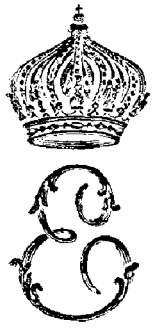
III

La Emperatriz Eugenia en el archivo del Palacio de Liria



EL (1) honroso encargo con que me favoreció el señor Duque de Alba de ayudarle en la preparación de su reciente libro *Lettres familières de l'Imperatrice Eugenie,* me ha proporcionado, entre otras satisfacciones, la de haber vivido, por decirlo así, durante meses, en una especie de intimidad espiritual póstuma con dama tan verdaderamente excepcional en varios respectos; voluntad, talento, belleza, jerarquía, longevidad, dramatismo intenso de la vida. Ha sido ella misma, con su fina y menuda letra, la que, día por día, fué diseñando ante mí su propio perfil con la fidelidad de un inconsciente autorretrato, sin que ni aun en trances culminantes de su novelesca existencia trascendiera a los uniformes trazos de su mano ni el temblor de emociones hondamente sentidas. Y más de una vez, en el impresionante silencio del archivo familiar, acogedor como la rejilla de un confesonario, antojábaseme —cual si me contagiara de las veleidades espiritistas de Eugenia de Guzmán— que era también ella misma, ella, a cuya evocación desde niña me habitué al pergeñar otro libro en

(1) La *E* capital es reproducción de un hierro que, como *superlibros,* usó la Emperatriz y que figura, entre otros, en el *Manuel de l'Amateur de reliures armoiriées françaises,* de los señores Olivier, Hermal et Rofon, 1935. También lo es el enlace que sirve de colofón de este trabajo.

el que intenté esbozar el tipo señoril de su madre, quien venía a sentarse enfrente de mí para hojear, metodizar y clasificar su correspondencia.

Clasificar dije y no expurgar, porque la lealtad de historiador que resplandece en el Duque siempre que abre a la investigación o a la crítica el valioso depósito de sus estanterías no hubiera consentido que se sustrajera del conocimiento del público carta alguna de cierta importancia (1); y así, las únicas que quedaron fuera de la colección editada son aquellas que la necesidad de amoldarnos a las dimensiones razonables de la obra aconsejó, por secundarias, dejar inéditas. Todas, pues, las que no siendo meramente administrativas pueden tener interés histórico o meramente anecdótico, en la colección están, constituyendo en su conjunto una auténtica crónica de la Emperatriz, manuscrita por ella misma, sin más lagunas que las de los períodos en que, por unas u otras causas, no se carteó ella con la familia, o se extravió su correspondencia. Crónica tanto más fidedigna cuanto que la augusta señora, así como en París gustaba de asomarse al recuerdo de sus días cumbres desde los balcones del Hotel Continental abiertos sobre el jardín de las Tullerías, de igual modo, cuando venía a Madrid, le placía encerrarse con los escriños del valioso tesoro epistolar y asomarse, a través de ellos, a todas las lejanías de su dilatada existencia, ratificando así con su posterior lectura cuanto escribiera a raíz de los sucesos relatados, sin inutilizar carta ninguna ni tachar, entrerrenglonar o adicionar palabras ni conceptos.

---

(1) Algún comentarista de las *Lettres familières* supone que son una selección, quizás tendenciosa. Nada de eso. Ni una sola carta referente a la actuación personal de la Emperatriz en los asuntos públicos, o a sus juicios respecto de hechos en que ella interviniese, ha dejado de ser publicada.

Pero ya indiqué que, por las limitaciones propias de toda publicación, fué forzoso dejar en sus carpetas tal o cual carta secundaria; cartas rituarias, episódicas, sustancialmente insignificantes. Y, sin embargo, como, a pesar de serlo, hay en varias de ellas detalles, datos, curiosidades adyacentes que si, fundamentalmente, hubieran hecho de las cartas que los contienen un peso muerto en la colección, contribuyen un tanto a delinear con micróspica minuciosidad el contorno espiritual y las huellas del paso por la vida de Eugenia de Montijo, a suplir algo de esa explicable deficiencia y a completar con algún pormenor desconocido la publicación del epistolario van encaminadas, a modo de apostillas, las anotaciones que siguen; interesándome advertir, tanto en cuanto a ellas como a las que puse en los dos volúmenes, que aunque adscribí al empeño trabajo y voluntad, tengo certeza en unos casos y en otros fundados temores de haber errado y seguir errando más de una vez. Pretender acertar en más de quinientas citas, basadas muchas de ellas en noticias ajenas y referencias confusas, sería vanidad impropia de quien, por añeja experiencia, sabe que la errata y el *lapsus* son mortificaciones con que Dios castiga el presumido anhelo de perfección que todo digno publicista persigue en sus trabajos. Menos mal si algún piadoso cazador de gazapos no los diputa elefantes para darse tono de pericia e infalibilidad y si, como para mí lo deseo, el autor lo toma con resignación y ella le sirve de absolución para otros pecados veniales de mayor trascendencia.

Y al repasar ahora, para el fin indicado, los legajos de las *Cartas de infancia,* hallo ante todo una *plana* de aprendizaje caligráfico, sugerida probablemente por un modesto maestro pendolario, que ni presumiría de moralista, pero que dijérase es como el borrador de

una idea, arraigada desde entonces en la mente infantil de Eugenita Palafox. Véase en la reproducción adjunta, y el menos sutil psicólogo advertirá en ella el protoplasma de una de las directrices que rigieron luego permanentemente su modo de obrar. Claro es que el pensamiento de no dejar para mañana lo que se pueda hacer hoy no se había cocido en su tierno magín. Pero, fechado por mano ajena en 1836, esto es, cuando empezaba a consolidarse el alma de aquella niña de dos lustros, que luego había de ser mujer tan activísimamente dinámica, ¡cuántas veces no releería ella ufana aquella muestra de sus avances en la escritura que el padre conservaba como un trofeo escolar! ¡Cuán hondo surco no abriría en las recónditas entrañas de aquel naciente espíritu una máxima que tanto esfuerzo le costaría dejar grabada entre las rayas del papel pautado! Y ¡cuán a conciencia practicaría después, a todo lo largo del curso de su vida, aquel precepto aprendido a la vez que aprendía poco menos que a hacer palotes!

Pero ello sería porque el consejo asonantara bien con nativas predisposiciones suyas. De otro modo, así como se independizó pronto de la esclavitud caligráfica para servirse de una escritura inconfundible, reflejo en trazos y redacción de su autónoma personalidad, así hubiera prescindido también de guiarse por la previsora advertencia que un día estampara su niñez en un ejercicio de colegio. ¡Buena era Eugenia para proceder al compás de la opinión ajena! Revoltosilla desde que vino al mundo, una de sus esquelitas no publicadas, escrita para felicitar a su padre al empezar 1836, no se atiene a pauta o modelo alguno, y más que expresión del propósito de ser *sage* durante el año entrante, es explícita confesión, en muy deficiente francés, de que había sido mala durante el anterior: "Je vous et fait bien de la peine l'anée dernier, parce que je n'ai pas eté tou-

16 Febr 85.

Ne remettez jamais
à demain le de-
voir dont vous
pouvez vous acquit-
ter aujourd'hui

Eugenie

jours sage, mais je veux reparer cela cette anné en me conduisant mieux" (1). Y terminaba con las expresiones de más ardiente cariño para Montijo, llamándose a sí misma "votre petite fille bien soumise et bien aimée".

Montijo fué, en efecto, el primer amor verdad de Eugenia, al que el padre correspondía ternísimamente. Ya se ve ello en las cartas publicadas y se ratifica en las inéditas. En una, a cuyo principio pone el Conde "5 Marzo 836", la niña le escribe: "J'ai envie de te voir, ainsi vien vite et ne mais fait attendre beaucoup de temps sans te voir. J'ai tant envie que tu viens que je crois que tu le jours tu arrive. Voila deja plus de trois semaines que je demand toujours si tu arrivera bientôt". En otra, dos meses después, dice: "Je t'ecrit cette lettre pour te dire quelle plaisir j'ai eu de voir Monsieur Agiresolarte (2). Il ma dit que tu arriverais avant deux mois" En septiembre exclama en otro de sus billetitos: "Ah, mon cher papa, que j'ai envie de te serrer dans mes bras!". Y en uno que Montijo recibe en marzo siguiente, después de decirle que le parece que hace una eternidad que no le ve, se entusiasma ante un retrato enviado por su progenitor: "Je l'ai reçu —escribe— avec la plus grande joie. Chaque fois que je le regarde je pense doublement a ce visage que je n'ai pas embrassé depuis si longtemps. Tu as dit a maman que c'etait pour que nous ne l'oublions pas, mais comment veux tu que je sois assez ingrate

(1) He preferido copiar los textos aun con las infantiles faltas de ortografía. Tampoco, de mujer, dejaba de cometerlas la Emperatriz.

(2) Parece aludir a don José Ventura Aguirre Solarte, banquero español establecido en Londres, antepasado del actual Marqués de Molins. Era muy amigo de los Condes del Montijo y debía de estar en París de paso para Madrid, pues en 15 de mayo era nombrado Ministro de Hacienda en el Gabinete Istúriz, sustituyendo a Mendizábal. Dos días después cesaba en el cargo. El año 1836 hubo en España seis ministros de Hacienda.

pour l'oublier, celui qui est mon père... et que j'ai toujours regardé comme le meilleur des hommes". Verdad es que esta última carta tiene indicios de haber sido escrita al dictado, pero las otras no; y, además, algo interesadillo encubría el afán de Eugenia y Paca en que su padre volviera a París. "Depuis que tu es parti —confiesa la primera en julio de 1858— nous ne sommes pas allées a ces petites caravanes comme nous fessions avec toi. J'ai demandé l'autre jour a Maman de me laisser aller avec Miss Flower sur les bateaux aux Champs Elysées, mais elle me repondit que nous irions avec toi, car elle a toujours peur que quelque chose ne nous arrive. Cette pauvre mère!" (1).

Para ésta, que residía en el mismo París, sólo hay una carta escrita por Eugenia probablemente en el Colegio del Sagrado Corazón. No tiene interés. Pero, en cambio, guarda el archivo varias de la futura Duquesa de Alba a su padre que complementa la impresión de la educación que recibían las dos hermanas. En una, Paca, cuenta a su padre: "Je profite de cette occasion pour te dire que le Maréchal Soult a parlé a Lord Wellington, jadis son enemi et aujourd'hui son ami, pour faire venir le corps de Napoleon, et Lord Wellington en a demandé la permission a la Reine que la lui accordée. Nous sommes très contentes et nous partageons d'avance la bonheur de Mr. Beil (2), qui n'est

(1) No faltaba razón a la "pobre madre" para estos temores. El mes anterior, con motivo de las bodas del Príncipe Real y la Duquesa Elena de Mecklemburgo, se habían celebrado las fiestas más brillantes de la Monarquía de julio. Pero dice Thureau Dangin en su *Histoire de la Monarchie de Juillet* que "au dessus de ces fêtes planait la terreur du regicide". Y el 14 de junio, con motivo de unos fuegos artificiales, se produjo tal alarma que el pánico causó veinticuatro muertos en el Campo de Marte.

(2) Sthendal, que fué el maestro de bonapartismo de ambas

pour l'instant a Paris. Mais nous esperons qu'il reviendra bientôt".

En la sección titulada en el epistolario *Lettres de jeune fille* no se incluyeron alguna que otra que en obra de mayor extensión tal vez hubiera procedido insertar. Ejemplo de ellas, una que, larga y abundante en insignificancias, contiene detalles varios de la vida social en Madrid y París durante los años de la ya avanzada soltería de la Condesita de Teba. No está fechada (costumbre de no fechar las cartas, que ha sido desesperante dificultad para su recopilación), pero sus alusiones la sitúan en fin de agosto de 1849. La firmante tiene dos motivos de inquietud: uno, el temor de que, por descuidos, se malogre la situación de buena esperanza en que está Paca; otro, que sea cierto que el cólera hace estragos en Madrid. En cambio, goza contemplando unos cuadritos que le ha enviado la hermana y que representan a ésta a caballo. "Unicamente encuentro que te favorecen muy poco. ¡Pobre hijita mía, si tú tuvieras ese aire tan tieso, no sería bonito!" Pero, en fin, hay en ellos algo de su hermana idolatrada, el traje, los arneses; "me hago la ilusión de que eres efectivamente tú, y soy feliz". Duda si es Trotero o la jaca Andaluza el caballo pintado. De todos modos, va a intentar una pequeña composición a la acuarela con esa base y se la mandará para el álbum: "Te diré que hago grandes progresos, según dice mi maestro; me entretiene mucho, al menos".

Y tras esta revelación de sus primeros conatos de pintura —arte en el cual no pasó de mediocre, según Aubry, quien así califica las acuarelas de Eugenia que

---

niñas. Sabido es que el "retour des cendres" no tuvo realidad hasta 1840.

decoraron el saloncito de su primer *logement garni* parisiense— refiere que la vida en París (aquel París que ha echado a Luis Felipe, pero en cuya Asamblea la Segunda República no ha recibido aún a Luis Napoleón) no tiene atractivos: "los teatros son insoportables, no hay más piezas bonitas que *Una semana en Londres;* nosotras vamos poco. El otro día estuve en la *Ville de París* con mamá y no había más que diez o doce personas comprando: esto significa una ruina. Todo *dégringole* dulcemente. ¿Adónde nos llevarán? Dios lo sabe. Es igual; echo mucho de menos mi bello París de antaño. Este no se le parece nada". Verdad es que, en cambio, en Dieppe hay un gentío loco tomando los baños de mar. Pero ellas no irán. De hacer Eugenia su voluntad, volvería a Bélgica para cazar; a la simpática Bélgica donde estuvo la primavera anterior. "De combien de belges a-t-elle déjà la mort sur la conscience?" había preguntado Mérimée a la Montijo en fin de junio. No obstante, cree que regresarán pronto a Madrid. Y la hija de doña María Manuela, que había heredado de la madre la habilidad de arreglar casas, aconseja a su hermana, requerida por ella, cómo debe transformar su tocador, le da opinión sobre el salón, "que en Palacio mismo no habrá uno que pueda comparársele si quieres ponerle la tapicería", y además le participa que madre e hija han encargado en Bruselas un precioso *parquet* para el salón amarillo del Palacio de Ariza. "Es de maderas de diferentes colores y los hacen mejor que en París. ¡Qué bien vais a bailar este invierno o el que viene!" Era el famoso *parquet* del salón de la Montijo, que no tuvo rival hasta que Salamanca construyó su palacio junto al convento de los Recoletos.

También el pequeño mundo del gran mundo madrileño aparece de refilón en la larga carta. En una cita, sale a plaza el afamado doctor homeópata don José Núñez Pernía, que llevó el título de Marqués de Núñez. In-

cidentalmente nombra a madame Paz, luego Marquesa de la Corona. Y con todo afecto habla de Gándara, "un hombre excelente", víctima de una desgraciada pasión. Es, probablemente, el don Joaquín de la Gándara, amigo inseparable del Marqués de Salamanca, salientísima figura más tarde en la revolución de 1854. Por último, se la ve inquieta ante la noticia de un lance. "Dime quiénes sean los dos generales que debían batirse. El uno es Ortega, supongo; y yo la causa del duelo." Sería o no sería, pero, en efecto, el 19 de agosto de 1849 *El Heraldo* refería que había llegado a la Corte el mariscal de campo don Jaime Ortega (el luego fusilado a consecuencia del levantamiento de San Carlos de la Rápita), y a renglón seguido decía que iba a celebrarse un duelo entre dos generales bastante conocidos. Pero como, en opinión del periódico, la causa "no parece ser bastante para que las cosas lleguen a tal extremo", el número del día 21 notificaba a sus lectores que los generales "han terminado sus diferencias de la manera más razonable y decorosa y conveniente".

La escasez de cartas de soltera que hay en el Archivo no permite seguir paso a paso cómo, en el espíritu de la Condesita de Teba, se fué transformando el París de la *dégringolade* en el París que había de ser la sede de su imperio. Pero es evidente el contraste entre el tedio con que escribe la precedente epístola y la sonrosada nerviosidad con que, en los meses anteriores a su boda, cruza cartas con su pariente y confidente el Conde de Galve. Los cuatro billetes insertos en la obra del señor Duque, sobrino-nieto de su destinatario, dan ya razón de ello. Pero aún quedaron en sus legajos otros de Eugenia al Conde que, además de la confianza existente entre los dos primos, reflejan la vida de animada alegría que en aquellos días llevaba la damita

cortejada por el Príncipe Presidente y ya en canuto Emperador.

Aparte de una esquela, meramente privada, sin fecha, con la cual la Condesa envía, el día de su Santo, a Enrique Galve un regalo en metálico "para que te compres lo que quieras", hay dos de un relativo interés histórico, porque parecen referirse a una representación extraordinaria que se dió en la Opera el 28 de octubre de 1852 en honor del candidato al Imperio. Una de ellas, fechada en tal día, aunque sin año, dice así: "Mi querido Enrique; no tenemos más que tres puestos en el palco de Riera (1), pues de Saint Cloud nos habían mandado sólo dos puestos en el palco de Camporeali y Silveira, y hemos preferido ir con Riera. Te aviso que uno de los puestos es para ti. A Quiñones (2) le voy a escribir diciéndole que no tenemos sitio; pero si por una casualidad te fastidia ir, o tienes que hacer, no mandes mi carta a Quiñones y díle que tiene un sitio. Pero espero vendrás, pues debe ser curioso". Y en otra, no fechada, pero evidentemente de horas después, le escribe: "No sé el número del palco de Riera, pero si haces el favor de pasar por casa a las siete y media u ocho menos cuarto, te lo agradecerá mucho tu prima, *Eugenia*".

Si se recuerda que el espectáculo que la *montijita* califica de curioso, y que probablemente tendría ya para ella el incentivo del creciente coqueteo en que andaba con el homenajeado, era una de las varias manifestaciones de un progresivo plebiscito popular que desde el mismo Saint Cloud se fomentaba y que pronto culminaría en el *senatus-consultum* sobre restablecimiento del

---

(1) Don Felipe Riera, marqués de Casa Riera.

(2) Don Cayo Quiñones de León, marqués de San Carlos, secretario en comisión entonces, luego en propiedad, de la que a la sazón era Legación de España.

Imperio, para cuya aprobación el Senado había de reunirse el 4 de noviembre inmediato, huelga subrayar más el interés con que Mlle. de Montijo había solicitado los tres puestos en el palco de Riera. La fiesta, de todos modos, fué resonante por varios conceptos. El Conde de Hübner, embajador de Austria en París, la describe en *Neuf ans de souvenirs*. En ella tomó parte la Cerrito, bailarina italiana a la que sus compatriotas apellidaban "la cuarta gracia". Y entre el público suscitaba comentarios de diversa índole la asistencia de Abd-El-Kader en un palco de segundo piso, y en uno del primero, la bella Howard, *la chaine anglaise* que todavía encadenaba al Príncipe a sus pecados de juventud.

De aquellos días ha de ser también, según varios indicios, un billetito citando a Galve para jugar en su casa con Osuna, la Bedmar, el general Mansilla y "otros valientes" (1). Pero los que pueden tener alguna relación con el noviazgo son otros dos pequeños mensajes de la de Teba a su primo que obran en el paquete de 1852. En uno de ellos dice aquélla a éste: "Hazme el favor de mandarme tu sello de jaspe que te hicieron en Londres y *l'adresse* de uno que lo pueda hacer bien en París, pues es para hacer uno *dans le même genre*". Y en otro, evidentemente subsiguiente, le da gracias por el servicio: *demain même j'irai faire mon cachet;* y se ofrece a devolverle el anillo en seguida. ¿Para quién querría Eugenia labrar ese sello? Varios autores, entre

(1) Osuna era su antiguo pretendiente, Mariano Téllez Girón, duque de Osuna y del Infantado. La Bedmar quizás sería la ex princesa Cantacuzano, Lucía Palladi Callimachi, casada en segundas nupcias el año 42 con don Manuel Antonio de Acuña, marqués de Bedmar, que fué con Osuna testigo luego del enlace imperial. En cuanto al general Mansilla, no ha podido concretarse, ni aun consultando el Archivo Militar de Segovia, quién pueda ser, aunque varios militares españoles llevaron ese apellido.

ellos Henri Bouchet en *Les elegances du second empire,* recogen cierta leyenda anterior al 2 de diciembre, según la cual Mlle. de Montijo cambió anillos con el príncipe Luis Napoleón, comprometiéndose ella a estar a su lado si vencía y comprometiéndose también él, caso contrario, a seguirla a España, donde podrían casarse y vivir tranquilamente como gentes sencillas y acomodadas. A través de las aludidas cartas parece como que se atisba algún fundamento a tal leyenda. ¿Lo tendrá? Valga por lo que valga, quede ahí el dato.

Una vez ya Emperatriz, el relieve histórico que alcanza su figura aconsejaba no prescindir de ninguna carta; pero exigencias de confección pospusieron algunas de las de inferior interés. Por eso hubo de omitirse, por ejemplo, entre las de los *Días felices,* una escrita en Compiègne el 2 de diciembre de 1858, en la que Eugenia, después de felicitarse de haber dominado sus "rhumatismes" y de ofrecerse a consultar los males de Paca con Rayer (Mr. Pierre François Olive Rayer, uno de los médicos ordinarios de la *Maison civile* del Emperador), consagra amistosos recuerdos a sus amigos de la juventud, Moral y Juan Zárate, en correspondencia a delicadas atenciones de éstos, añadiendo: "Es dulce pensar que se acuerdan de una estando tan lejos. En cuanto a mí, tú sabes que yo no olvido ni mis amigos ni mi patria, aunque la nueva me sea tan querida por muchos motivos y porque nunca sabré pagar el afecto que todos tienen por mí. Intentaré merecerlo cada vez más". Y tampoco se reprodujo otra de 25 de enero de 1859 que, aunque enderezada principalmente a tocados y trajes, dice al final, sin más comentarios: "Ya sabes que el príncipe Napoleón se casa". Suceso que, si en la carta parece trivial, tenía en la política internacional trascendencia grande, porque el Príncipe *Plomplon,* el Jerónimo que nunca

fué simpático a Eugenia, se casaba con la princesa Clotilde de Saboya, hija del rey Víctor Manuel, sellando así una amistad entre Francia y el Piamonte, amenazadora en cambio para Austria. Por cierto que, hablando por aquellos días el embajador de Austria, Hübner, con Walewsky, ministro de Negocios Extranjeros, éste afirmó: "La Emperatriz está fanática por la paz, y en ese sentido empleará su crédito cerca del Emperador".

Pero no son esas solas las cartas omitidas, a mi pesar, en dicho período. Una de ellas es la siguiente, que aunque no tiene fecha, puede asegurarse que es de principios de diciembre de 1857: "Querida Paquita: He tardado mucho en escribirte, pero no es mi culpa. Desde hace algún tiempo estoy ocupadísima poniendo en orden las cartas del Emperador, lo que ocupa mucho tiempo, dada la inmensa cantidad de cartas de soberanos y de otros. He visto en los periódicos que Pepe es Alcalde Corregidor (1) y espero que haga limpiar las calles sin emplear el sistema Fourier (2), es decir, con los niños. Paréceme que es una equivocación hacer las fiestas reales en invierno. Sé de mucha gente que pensaba ir creyendo que serían en la primavera, pero que renuncian, a pesar de su curiosidad, a ponerse en camino con el frío, arriesgándose a no ver sino lluvia el día de las fiestas. Ya puedes pensar si por mi parte tendría ganas de verlas; bendeciría yo la buena hada que, transportándome cerca de vosotros, me hiciera ver por un instante los lugares que me son queridos; pero, en vista de que me es

---

(1) El Duque de Sexto había sido nombrado alcalde. Su padre, el Marqués de Alcañices, jefe de cuarto del nuevo vástago de la Reina.

(2) La Emperatriz, de muchacha, era llamada por sus amigos la *falansteriana,* por su afición a las teorías de Fourier, que a estas fechas parecen haber caído en desgracia en el espíritu de la Condesa de Teba.

forzoso renunciar por muy largo tiempo... dime si es verdad que piensas dar un baile; los periódicos lo dicen, y es por ellos por donde yo sé las noticias". Dada la fecha atribuíble a esta carta, no es preciso recordar que las fiestas aludidas eran, sin duda, las organizadas con motivo de haber nacido el 25 de noviembre el primer hijo varón de Isabel II, que fué luego el rey Alfonso XII. El 5 de enero se verificó la presentación del Príncipe a Nuestra Señora de Atocha.

Toca también, aunque de pasada, algo relacionado con los asuntos públicos una carta de la Emperatriz a su madre, fechada en 26 de marzo de 1859, cuyo principal objeto era acusarle recibo de unas fotografías que le había enviado representando la galería "ravissante" que la Condesa acababa de inaugurar en el palacio de la plaza de Santa Ana, pero en la que dice: "Estamos muy atormentados desde hace algún tiempo, a lo menos yo, con todos estos ruidos de guerra. Hago muchos votos para que no sea nada. Te aseguro que paso muchos malos momentos, pero hay que remitirse a Dios y hacer lo que haya que hacer. De todos modos, el Congreso decidirá: estamos en sus manos". El Congreso aludido era el que se reunió en París para estudiar principalmente las relaciones entre Francia, Austria e Italia; y esos ruidos belicosos que tanto alarmaban a la Soberana, a pesar del prurito guerrero que se le atribuía para consolidar el Imperio, se dejaban oír aun entre las fiestas del Carnaval, que fueron aquel año más brillantes que nunca, habiéndose celebrado en menos de una semana cuatro grandes bailes de trajes: uno, organizado por Mme. Fould; otro, por Mme. Walewska; el tercero, por la Condesa de Morny, y el cuarto en las Tullerías. El de la Walewska, en el Ministerio de Negocios extranjeros, lo describió la condesa Estefanía Tascher de la Pagerie en *Mon sejour aux Tuileries,* refiriendo que

había visto a la Emperatriz tomar por la mano al Emperador en un gesto de ternura y a Napoleón darle un beso en su cuello de cisne, mirando luego los dos alrededor temerosos de que alguien hubiera sorprendido su conyugal efusión. De ese ascendiente de Eugenia sobre Napoleón se esperaba mucho para el mantenimiento de la paz en Europa, pero el Congreso resultó infructuoso, pues, como dijo Saint Amand, no pasó de ser "una especie de fantasmagoría diplomática".

Saltó, pues, la guerra, que terminó en la paz de Villafranca. El 27 de julio siguiente entraban en París las tropas victoriosas y, tras grandes festejos, los Emperadores fueron a descansar en los Pirineos. Ella escribe a su hermana el 22 de agosto, desde Saint Sauveur, "un charmant endroit bien frais et bien joli", donde el matrimonio lleva una vida tranquila "très agrèable, car nous voulons avant tout nous reposer". No vale la pena, sin embargo, reproducir íntegra esta carta, reflejo del suspirado descanso a que se entregaban el General en Jefe de los ejércitos que vencieron en Solferino y la que había sido Regente del Imperio, pero cuyo principal objeto era solamente encargar a Paca que le enviara, de una tienda del *boulevard,* un bastón suizo "de esos que tienen un cuerno de gamuza y una punta de hierro para andar por las montañas"; novedad, sin duda, tan extraña por entonces que la Emperatriz se cree en el caso de trazar un diseño, bastante elemental por cierto, encargando además que no sea "trop laide". Paca no da con la tienda, y su hermana, en otra carta de primero de septiembre, al consolarla por no haber encontrado el bastón, anuncia que su cura de reposo toca ya a su fin.

En efecto, el *compiègne* de aquel otoño empezó en seguida, pero ya el 19 de diciembre la Emperatriz está en París, según sus cartas, y ha tenido a comer al Príncipe de Orange, que en septiembre anterior estuvo en

Madrid y conoció a la Duquesa de Alba. Bien pronto la delicada salud de ésta empieza a preocupar a Eugenia, pero aún, en 22 de febrero de 1860, la anima a divertirse en el Carnaval. "La vida es muy corta para no aprovechar los años de juventud que quedan." Pero hay un dejo de tristeza en otras frases en las que se manifiesta cansada de intervenir en diversiones: "yo deseo el placer de los demás, pero en cuanto a mí, he tomado mi partido y me divierto viendo divertirse a las personas que quiero; por lo demás, mi corazón no me lleva por ahí". Y en uno de los frecuentes cambios de tema de su correspondencia, pasa a hablar de nuestra guerra de Africa, que culminó días antes en la toma de Tetuán. "Se dice —escribe alarmada— que la Reina quiere hacer la paz y enviar las tropas a Italia. Quiera Dios que no tenga tal pensamiento, porque encuentro que las complicaciones no faltan sin necesidad de buscar una nueva. A mí, esta idea me hace estremecer, pues podría irse muy lejos y las consecuencias ser enfadosas. Nuestro Ejército está aún en Italia y el Emperador no permitiría jamás que otra potencia le reemplace. Siendo así, ¿qué ocurriría con los dos ejércitos en presencia? Piensa si sufriría mi corazón que se destrozaría por dos lados. Pero no quiero ver las cosas más negras que lo que lo son ya, y prefiero esperar."

Precisamente porque la Emperatriz no era pesimista en extremo, tardó algo en percatarse de la extrema gravedad en que degeneraba la enfermedad de Paca; pero, para cuidarla personalmente, ideó atraérsela a París, organizando un baile en el propio *Hotel d'Albe*. No pudo la Duquesa ponerse oportunamente en camino y la fiesta se celebró en su ausencia. Su amante hermana insiste, en carta de 28 de abril de 1860, en que acepte pronto su propuesta de ir a la corte imperial, pues el Emperador piensa llevarla a un viaje oficial por Sabo-

ya y Niza, y "si no vienes en seguida, nos veremos apenas"; mientras que, yendo pronto, irían juntas a Fontainebleau. A renglón seguido, le da cuenta del baile celebrado en su casa, al que ella llama "el baile de Tascher", porque, como consigna Saint Amand, "las invitaciones estaban hechas en nombre de su primer chambelán, el duque de Tascher de la Pagerie y de la Duquesa, pero, en realidad, era la Emperatriz quien daba la fiesta y el Emperador quien pagaba los gastos". "Ha sido verdaderamente soberbio —dice la carta— y nada puede dar idea de los magníficos trajes y de la belleza de la sala de la cena. Yo he ido de dominó porque con todos los acontecimientos de España no tenía ni ganas ni tiempo de ocuparme de trajes." Y termina con un párrafo que no hubiera interesado a los lectores de París, pero que a los españoles les interesará conocer por referirse al desdichado levantamiento de San Carlos de la Rápita. "Parece que dicen en Madrid, según cuenta Mon, que yo estaba a la cabeza de la expedición carlista y que fué, contando con mi promesa formal de que si aquello fracasaba nada les sería hecho, como Ortega se puso al frente. ¡Qué infamia creer que yo hubiera podido dejarle condenar sin intentar salvarle, aun al precio de mi vida, si ello hubiera sido así! Cuando vengas, hablaremos de todo esto, porque no quiero entristecerte. Sé que tienes necesidad de distracción. Adiós!"

En las cartas publicadas y sus comentarios se refleja la honda pena que puso término a los años felices de la emperatriz Eugenia. Una nerviosa serie de despachos telegráficos, cuyas copias obran en Liria, transmitidos por ella a París, donde al fin se trasladó su hermana, mientras la jornada oficial la alejaba camino de Argelia, da fe de la intranquilidad con que se había separado de la enferma querida. Tanto como la brillante estela del viaje palpita en los telegramas la inquietud

por la salud amenazadísima de la Duquesa. En Lyón la telegrafía: "La reception a été admirable". En Dijon, "l'accueil a été excellent". En Chambery, "la population a été très empressée et ses acclamations très vives". Pero finge tranquilidad cuando en uno de los despachos la dice: "je suis bien hereuse d'avoir de bonnes nouvelles de toi"; pues en otro inmediato interroga ansiosa: "J'apprends que la nuit a été mauvaise, dis-moi si tu as eu de douleurs"; y no pudiendo disimular su fraternal afán, añade: "Réponse de suite". Días después, en plena apoteosis oriental, la Emperatriz recibe la fatal noticia. Paca ha muerto. La que no dejó de ser nunca su confidente, ni aun cuando fué su rival, aquella su alma gemela, desaparece ya para siempre de su correspondencia. Y el grito de dolor con que recibió la noticia Eugenia de Guzmán en la misma meta de sus triunfos marca el principio de su descenso por una pendiente de desengaños, al final de la cual la aguardan crueles los brazos de la tragedia.

Pero apenas si de esa su caída *Desde las cimas al abismo* quedan huellas en la sección de las *Lettres familières* así rotulada, que abarca el decenio entre la muerte de la Duquesa de Alba y el derrumbamiento del Imperio. Le falta ya para siempre a la Emperatriz la que fué su más íntima interlocutora epistolar. Los hijos de ésta son niños. La Montijo pasa largas temporadas en la corte imperial y, por tanto, no cruza cartas con Eugenia. De ahí que ni entre las publicadas en París ni en las que quedan inéditas haya mucho verdaderamente saliente escrito en tal período. Hay, sí, al principio algunas que son liquidación dolorosa del pasado que se fué con Paca y empeño piadoso en reanudarlo a través de lo que de ella quedaba en el mundo. Así, en 19 de diciembre de 1860, en un breve billete, la Emperatriz

envía a Alba, viudo, un paquete de cartas de la hermana perdida: "Guárdalas o rómpelas; haz lo que quieras. No puedo decirte más; tengo demasiada tristeza en el corazón". Y en otra de la primavera siguiente, 9 de abril, le habla de planes y aun de realidades relacionadas con la instalación futura de los hijos de la Duquesa, cerca de los cuales quiere hacer oficios como de madre. "Estoy en tren de decidir los planes de vuestro hotel y creo —dice al cuñado— que te gustarán. Para ti tengo una casita a la inglesa al lado del hotel de mamá. Llave en el bolsillo, tú puedes salir o entrar con la mayor independencia, y, sin embargo, sin salir de tu casa puedes estar con tus hijos; que ocuparán el ala entre tú y mi madre. He comprado para eso dos hotelitos al Emperador, enfrente del Elíseo. Esto no es grande, pero muy bonito; espero que será de tu gusto" (1).

Y de la prolongación a través de sus sobrinos del amor que tuvo a la hermana, son testimonio varias otras esquelas que quedaron en Liria. "Querido Carlos —escribe al huérfano primogénito, duque de Huéscar, cuando éste viene a Madrid acompañando a la abuela—; te doy gracias por las noticias que me das de vuestro viaje. El estado de vuestra abuela requiere cuidados y afectos. Espero que no olvidéis que es ella la que ha reemplazado a vuestra madre y que le debéis toda ternura, pero no olvidéis tampoco a tu tía que os ama con toda la fuerza de su alma." Y en junio siguiente, desde

---

(1) Parece existir alguna confusión entre los autores respecto a esta instalación de la familia de los Duques de Alba. La Duquesa, según mis informes, falleció en el hotel de la rue Pierre Charron. Y estos otros de que habla ahora la Emperatriz se hallaban situados próximamente donde hoy está el *rond point* de los Campos Eliseos. La calle pequeña en que estaban tomó el nombre de *rue d'Albe*. Más tarde se transformaron en un *Hotel d'Albe* para viajeros, que tampoco existe ya.

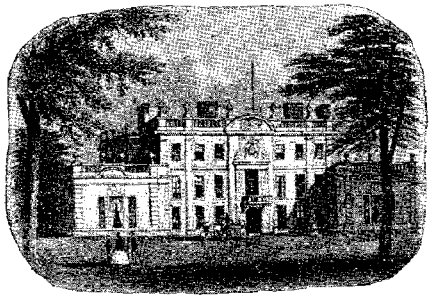
Fontainebleau, le dice: "Te escribo a ti como el mayor y más razonable, pero esta carta va destinada a todos, a los tres, pues todos estáis igualmente presentes en mi corazón. Trabajad mucho y quereos mucho, y respetad a vuestras dos abuelas que tanto afecto os tienen. No olvidéis a vuestra pobre madre, porque desde lo alto del cielo ella vela por vosotros y procura con sus plegarias evitar que caigan sobre vosotros los males de esta tierra". Tanto quiere a los sobrinos que asocia sus recuerdos a las primeras tentativas venatorias del Príncipe imperial. "Ayer Loulou —cuenta a Carlos Huéscar desde Compiègne— fué de caza a caballo, pero no vió al ciervo porque llegó demasiado tarde. Voy a hacer que le hagan una fotografía y te la enviaré." Otra vez, en cambio, le habla del deporte de los patines que distrae al principito: "Tu primo va muy bien, patina todos los días, porque aquí (París) hace mucho frío y es muy divertido. Se cae con frecuencia, pero se levanta pronto y vuelve a empezar. Temo, sin embargo, que deshiele pronto".

Huéscar, que ha dejado de ser un niño, y con quien ella puede ya hablar de cosas más serias, si no llega a ser el confidente epistolar que fué Paca para su hermana, recoge, sin embargo, algunas impresiones de ésta en su correspondencia, mezcladas con consejos. A principios de 1864, por ejemplo, al agradecerle su felicitación de Año nuevo, le dice que entre sus votos más fervientes está el de verle "fort et bien portant et étudiant beaucoup; tel, en fin, que ta pauvre mère aurait voulu te voir"; y como, en el otoño anterior, la Emperatriz ha estado en Madrid, donde tuvo un gran éxito personal, su nostalgia del nido madrileño la hace decir al sobrino: "Tengo siempre delante de mis ojos el Palacio de Liria y me parece que sueño cuando pienso que he vuelto a verlo y que he tenido la dicha de abrazaros."

Pero no es ese viaje el único de la Emperatriz ni de Huéscar, que se menciona en las cartas cruzadas entre ambos. La tía habla al sobrino, incidentalmente, en una fechada en septiembre de 1867, de su jornada oficial a Salzbourg, acompañando a Napoleón, para entrevistarse con el Emperador de Austria, y de la visita que al regresar hizo a los departamentos del Norte; y en otra, en cambio, alude a la que los Emperadores de los franceses esperaban les hicieran los Emperadores de Austria con motivo de la Exposición Universal, visita que se aguó luego en parte por el fusilamiento de Maximiliano. Además, la viajera infatigable halla simpático eco en los gustos análogos del sobrino, que por entonces recorre el Oriente europeo, Constantinopla, el Pireo, etc. "Estoy encantada —le describe la tía— de que tanto te guste tu viaje; deberías escribir tu diario, porque más tarde te interesará releerlo." E insistiendo en ello, le dice otra vez: "Espero que hagas tu diario. Nada más interesante para más adelante, pues gusta encontrar de nuevo las impresiones que se han ido borrando. Pero tú eres algo perezoso. Quisiera ver en ti el gusto de la lectura, porque no es posible, como en los pueblos primitivos, atenerse sólo a su tradición".

Pero, de todas las cartas de esta época no publicadas, quizás la que mejor compendia en pocas frases íntimos sentimientos de la augusta dama, es la siguiente, especie de miscelánea cuya fecha no ha sido posible concretar, aunque está en la carpeta de 1864: "Querida mamá: Empiezo por desearte un buen año, según es costumbre, aunque por mi parte nada encuentro más triste que una *fiesta*. Son inevitables los recuerdos del pasado, contar los que nos faltan, decir que envidiamos a los que ya no existen y ponerse a exclamar: ¡qué triste vida! y ¡para qué quiero yo vivir! Pero estoy demasiado melancólica como ves, y es que estoy bajo la influencia de una

gran fatiga mezclada con muchas inquietudes. Felizmente, mi regreso ha disipado mis temores y estoy ya verdaderamente tranquilizada viendo mejor al Emperador. Pero, a mi pesar, al recorrer los mismos lugares que en 1860, y viendo las mismas preocupaciones, había acabado por atormentarme mucho. El cansancio era asimismo enorme y, como ya no puedo soportarlo, estaba sostenida únicamente por mis nervios. Si el Emperador continúa estando bien, saldré de aquí el 30 de septiembre. De todos modos, te escribiré para tenerte al corriente. Ya he visto, o, por mejor decir, me han dicho que hay un artículo en un periódico español muy violento contra mí, y, sin embargo, yo me atengo a la mayor reserva y no me ocupo para nada de los asuntos del país. ¿De qué pueden acusarme? Quizás ¡ay! de quererles un poco demasiado y platónicamente. El asunto de Cuba se hace serio, la fiebre y el cólera matan mucha gente, probablemente en pura pérdida. Te abrazo tiernísimamente y cree en los votos que de todo corazón hago por tu felicidad. Tu hija, amantísima, *Eugenia*".



Ninguna carta más, aparte de las extractadas y, claro está, de las reproducidas en el epistolario, hemos hallado de Eugenia de Teba en sus tiempos de Emperatriz. En cambio, son abundantísimas las de los posteriores, pero de ellas hubo que hacer una cuidadosa selección para aprovechar solamente aquellas que por algún motivo tienen conexión con asuntos de notoriedad, aunque nos causara violencia preterir otras que, si bien carentes de interés, en su conjunto, para la mayoría de los lectores, no dejan de acusar en tal o cual frase o alusión

rasgos típicos, a veces nonadas, pinceladas en todo caso pertinentes para el claro oscuro del autorretrato.

En los principios del destierro, durante los seis años que, para localizarlos en relación con la protagonista, rotulé bajo el epígrafe *Las tristezas de Camden place,* la Emperatriz exonerada parece, a través de su correspondencia, haber encontrado en su sobrina Luisa (Duquesa de Montoro y efímera Duquesa de Medinaceli más tarde) el eco que faltaba a su alma desde que falleció Paca: algo de la intimidad espiritual en que vivió con la madre diríase que ha trascendido al cariño, semimaternal, que une a Eugenia con la hija de la Duquesa de Alba. Ya se advierte así en las cartas publicadas y algunas de las no insertas lo confirman. Desde la modesta, pero bella residencia de Chislehurst, en el Condado de Kent, cuyas líneas elegantes se acusan en la estampita o viñeta litográfica que encabeza alguna de las epístolas (1), tía y sobrina cambian noticias y *cancans* de Madrid, de París y de Inglaterra, a través de cuya cita trasciende visiblemente el afán de Eugenia de aferrarse al pasado, cual si en las memorias hallase más razón de vivir que en las esperanzas. "Yo tengo ahora —escribe, por ejemplo, en enero de 1872— mi cochecito de Saint Cloud y dos poneys ingleses bastante monos." Y en la misma carta dice a Luisa Montoro: "Supongo que tu padre habrá dado a Donadío el alfiler que le envié; hubiera querido que fuese mejor, pero de todos modos es bonito". Donadío, según me refirió el recientemente fallecido Conde de las Navas y del Donadío de Casasola, su hijo, había llevado a Eugenia algunos recuerdos de Paca, y consecuencia de ese servicio amistoso fué el regalo de un alfiler de oro para corbata con un arito de medias perlas que el agasajado usó mucho...

(1) Es la que se reproduce al principio del párrafo anterior.

Saint Cloud... las reliquias de Paca... siempre el ayer, evocado más bien como un aliento que no como un enervante motivo de desmayo.

Porque la mujer que, antes de cumplir el medio siglo de vida, había experimentado tantas emociones, y no podía sospechar cuántas y cuán hondas le aguardaban en casi otro medio, sigue sin doblegarse ante la adversidad, tal como se refleja diáfanamente en su correspondencia con la sobrina predilecta. En la de este período se la ve, como en un espejo, atenta, eso sí, al momento que pasa, pero sobreponiéndose a mortificaciones, contrariedades y dolores, con la vista generalmente confiada y puesta en el porvenir, sedienta siempre de afectos y procurando no dejarse invadir por la tristeza aunque la hieran desvíos y desgracias. Ese ansia de cariño, unida a un afán como de rejuvenecimiento, palpita en varias de sus primeras cartas a Luisa. "Tu amable cartita —la dice un día— me ha consolado un poco de tu silencio. Está mal ser así con quien os quiere como si fueseis sus propios hijos. El afecto es preciosa cosa. Quienes por su indiferencia se lo arrancan del corazón, no pueden luego quejarse, porque el aislamiento es cosa triste, incluso en la juventud, y con mayor razón si se dejan venir los años sin conservar amistades desinteresadas." Y otro día replica: "Las seguridades afectuosas que me das me han complacido mucho, pues el olvido en que me teníais me ha dado mucha pena y ahora más que nunca mi corazón es susceptible". Y aun otro: "Tu carta me ha causado un vivo placer, como toda muestra de afecto o de ternura que viene de vosotros". Pero, a la vez, habla con ella de entretenimientos juveniles, de los cuadros vivos en la residencia de Casa Bayona (1) (adonde sólo deben ir con Huéscar o con su padre,

(1) Don Francisco Chacón y Herrera, descendiente del ha-

pues no es lo mismo que a casa de la abuela, para la cual podría bastar una acompañante asalariada), de madame de Arcos (1), de la "boda de Viso con nuestra amiga María Luisa", de los Aguados, de los deportes atléticos que se preparan en Chislehurst, para los cuales irían 5.000 personas desde Londres, etc. Y en un retroceso de melancolía a propósito de un viejo traje de maja, de seda azul, que está utilizando para fondo de un *paravent* sobre el cual, sirviendo una moda de la época y festoneándolos con seda negra, fija y recorta flores y pájaros de cretona, prorrumpe en una especie de *tristitia rerum*: "Singular destino el de esta seda que después de tantos años viene a ser utilizada en Camden. ¡Qué ejemplo! ¡Cuántos, que al ver su fortuna presente creen contar con ella para el porvenir, se engañan!"

De que la suya sufre pronto otro golpe es expresivo pregón el borde negro que tiñe su papel de cartas a partir de 9 de enero de 1873. Napoleón III ha muerto, "affreux douleur" que, lejos de anonadar a la Emperatriz viuda, es para la Emperatriz madre un nuevo incentivo vital. Por Luis y para Luis necesita vivir y luchar. La Duquesita de Montoro, que la acompañó algún tiempo a principios de su duelo, se ha vuelto a marchar: "la maison semble plus vide encore!" exclama, al darle gracias por los "quelques mois que ta jeunesse m'a donné", y

---

cendado cubano don Pedro de Chacón y Chacón, que fué el primer Conde de Casa Bayona. Tanto don Francisco como su esposa fueron figuras de relieve social en el Madrid de aquellos días.

(1) Madame de Arcos, según Filon, pertenecía por nacimiento a una de las más viejas familias católicas de Inglaterra. Ninguna dama inglesa, dice, era recibida con más simpatía en Chislehurst que madame de Arcos y su hermana miss Minnie Vaughan. La Emperatriz la trataba como amiga y, corriendo los años, se estrechó aún más su amistad. Nunca era más estrecha que cuando la muerte la interrumpió.

que ella no se perdonaría si no supiese que el sacrificio ha sido hecho "de tout coeur". "Le plus grand plaisir —añade— que tu puisses donner a ta pauvre tante c'est de revenir le plutôt possible." Pero ya su absorbente preocupación es el hijo, el Príncipe, el futuro Emperador de sus esperanzas. Apenas hay carta en que no hable de él. "Tu primo —dice un día a Luisa— te escribirá otro día; ahora está con los exámenes *jusqu'au cou*, y lo que me fastidia es que no sabremos el resultado hasta dentro de una quincena." Otra vez desde Arenenberg: "Tu primo se divierte aquí mucho; hace ya cuatro días que están de expedición por las montañas, con lo que gozan mucho, y estoy segura de que también Huéscar se divierte en este país, único en Europa para los buenos andarines". Más adelante y en varias cartas: "Tu primo sigue estudiando mucho y le esperamos para Navidad, que vendrá por ocho días, pero como es época de tristes recuerdos sólo podrá disfrutar de las distracciones de Camden". "Trabaja mucho y por eso veo con gusto el momento del descanso que tanto necesita". "Salgo dentro de una hora para ver a mi hijo en el campo de Shoeburyness; si el tiempo es bueno me quedaré tres días en el hotel cerca de él (1)." Y luego llega la mayoría de edad, el 16 de marzo de 1875, en que todo el mundo felicita al futuro Napoleón IV..., excepto el flamante Alfonso XII. Esto hiere a fondo el corazón de la madre, más madre a la sazón que estadista comprensiva, pues no se hace cargo de que el naciente trono español no puede agraviar ni con un guiño a la escamada y todavía joven república francesa: "Le Roi a *oublié*

(1) El Príncipe terminaba sus estudios en Woolwich, y en el último trimestre hizo ejercicios prácticos de artillería en Shoeburyness. Las autoridades invitaron a la Emperatriz para que los presenciara.

pour la première fois depuis de longues années de telegraphier. Con las glorias se le van las memorias. Tant pis pour ceux qui le conseillent cette mauvaise politique".

Pero, como siempre, además de las gestas de su hijo, es toda la vida social y política coetánea la que burbujea en las cartas a la sobrina. Por ellas pasa la Paniatowska, la Javalquinto, la Bedoyère (aquella de quien Paulina Metternich decía que su aparición era siempre como un foco que se ilumina de pronto), la Exposición de Viena, la guerra carlista, el 3 de enero de Pavía: "une autre revolucion —opina ella—; plus cela change, plus c'est la même chose". Y esta novedad la contraría doblemente porque ha pensado venir a España. "Quiera Dios que haya calma bastante para poder viajar en España sin correr aventuras." Sin embargo, no son las sublevaciones las que frustran al cabo su viaje: es la Restauración que, saludada por ella con alegría, como se ve en la correspondencia publicada, parece, cual ya se dijo antes, con sus desvíos y aun con sus descortesías, no querer ligar su suerte a la del Príncipe Imperial. Ni se contestan cartas siquiera. "Ces Messieurs —dice la Emperatriz a su sobrina el 8 de abril de 1875— ne doivent pas avoir une haute idée de la politesse espagnole. Vu cette façon d'agir, je renonce pour le moment a mon voyage"; y a su madre le dirá solamente que han surgido dificultades porque le sería muy penoso saber la verdadera causa del desistimiento. Pero aunque su enojo con los Borbones llega hasta generalizar, calificándoles de "singular raza, obsequiosa y olvidadiza, según las circunstancias", su alma española sigue queriendo lo mejor para su país de origen: "je ne souhaite pas moins le succés, car c'est la dernière carte qu'il reste a ce malheureux pais". Y desea al propio tiempo no divulgar su enfado: si hablan a Luisa del viaje, que diga únicamente que nada sabe, pero que, desde luego, no será

en esta primavera: "Mon fils est trop fier pour y aller dans ces circonstances".

Amarga decepción fué, sin duda, para la pundonorosa madre, el desaire al hijo; y salpicaduras de tristeza, mezcladas a explicables desahogos de altivez, exteriorizan en otras cartas, bien a pesar suyo, un pasajero decaimiento de su espíritu: "La tristeza, como la fiebre —dice el 14 de abril—, una vez que se apodera de uno, cuesta trabajo reaccionar. Te confieso que me ha costado mucho renunciar a mi viaje, pues desde hace más de un año me mecía en esa dulce esperanza, pero una vez tomado mi partido cauterizo la llaga y procuro no pensar más en ello". Así pudiera también —aunque apenas si lo dice— sacudirse otra preocupación que afecta a su corresponsal: los *crachements* de sangre que Luisa sufre la tienen en continuo sobresalto, que a veces no puede disimular: "Je suis affreusement inquiète sur ta santé; je ne puis me faire a l'idée de te savoir malade... malgré que je sache par expérience qu'on peut en guerir". ¿Contribuirá a la curación la boda con Medinaceli? ¿Agravará ésta el mal? Fuera cual fuese la opinión de la amante tía, es visible en sus cartas el afán de felicidad para su *chère petite Louisette*. Y en la última carta que, dirigida a ella, quedó sin publicar en el Archivo, por referirse principalmente a asuntos administrativos relacionados con el inmediato enlace, la dice: "Bientôt, le grand jour arrivera; je pensserai bien a toi, et si les voeux et les prières servent auprès de Dieu, tu seras heureuse comme tu le mérites, car tu es bonne et affectueuse pour ceux qui t'aiment".

Bastaron tres meses para despejar lúgubremente la incógnita. La Duquesa de Medinaceli muere apenas lo es. De otro lado, la República francesa se consolida, las defecciones aumentan, los sueños de oro y el iris de una

posible Restauración imperial se velan con nieblas de desesperanza. Quizás por primera vez vienen a los puntos de la pluma de Eugenia frases de desaliento. Empiezan, grises, los años de *decouragement*, claramente reflejados en las cartas que se insertaron bajo este epígrafe en el epistolario, y cuyas características se acusan también en algunas que quedan en el archivo. Las repasaremos cronológicamente, anotando, con rapidez calidoscópica, sus cambios de matices dentro de la tónica general de desmayo que predomina en este período. El 11 de abril de 1876, tras una alusión a las últimas elecciones francesas ("pronto se comerán entre ellos cuando su pan cotidiano del imperialismo les falte") describe su monótona vida en Camden: "Excepto para ir a misa, no salgo mucho. Voy siendo como doña Trinidad, que no puso los pies fuera de casa, sino para ir a la Iglesia durante más de treinta años. Ella me parecía entonces un prodigio y héme aquí como ella" (1). Viene luego su viaje a Italia; y desde Florencia, con motivo del día de Difuntos, escribe a su madre: "Dichosos los muertos que dejan recuerdos tras de sí; nuestras lágrimas en estos días son homenaje que les rendimos y quién sabe si sus cenizas no se recaldean al contacto con nuestros recuerdos", pero la irresistible vocación política de madre e hija les lleva a hablar de asuntos menos espirituales y las recientes elecciones italianas, en las que las derechas quedaron completamente derrotadas, mueve a la Emperatriz a comparaciones y deducciones: "Ello prueba —afirma— que Francia tiene aún influencias de ra-

(1) Parece referirse a una venerable dama malagueña, doña Trinidad Grund de Heredia, contemporánea de la Condesa del Montijo, que desde que perdió en un naufragio a sus dos únicas hijas, hizo voto perpetuo de dolor y abnegación. Véase su necrología en los *Artículos, Conferencia y Cartas* de don Francisco Silvela.

diación; cuando se inclina a la derecha o a la izquierda, arrastra a sus vecinos, y, cosa increíble, los soberanos tienen aspecto de no enterarse. Dios decididamente ciega a los que quiere perder".

La Condesa, sin duda, le ha citado en alguna carta con elogio a nuestra doña Leonor de Guzmán, la hija de Medina Sidonia, gran impulsora de la rebelión de su marido don Juan IV de Portugal. Pero Eugenia le contesta en 7 de noviembre del mismo año: "Acabo de recibir tu página de historia acerca de doña Leonor. Porque la conozco y porque estimo poco su carácter, eso que tú llamas corazón, yo lo llamo en este caso ambición. Ella contribuyó a arrancar un florón de la corona de España para hacerse una corona real para sí misma y para sus descendientes. Esto no es una gloria para una familia; al contrario, y prefiero correr un velo. *El defensor de Tarifa,* he ahí mi ideal; es él, él solo quien basta a ilustrar una familia y no las alianzas de más o menos buena ley. Ya ves, querida madre, que los años no han disminuído en mi corazón ciertos sentimientos, y en esta ocasión me acuerdo de Napoleón que, cuando vino a Toscana, un sabio le presentó una genealogía en la que se le hacía descender de los Médicis por línea femenina, y, aunque antigua, la familia Bonaparte, no tenía tales pretensiones: él rehusó el cumplido como herido en su altivez". Y en el propio renglón, como si el recuerdo de unas dinastías improvisadas le trajera el de otras, refiere que la reina María Victoria, la mujer de nuestro Amadeo, había muerto el día antes "comme la pauvre Imperatrice (Carlota)". "Sa tête a flechí sous le poids d'une couronne, la raison fut atteinte d'abord, et elle vient de mourir bien jeune encore. Le Roi Amadée a été admirable de soins pour elle. La Princesse Margueritte m'a dit qu'il était constantement avec elle, lui seul pouvait lui préparer ses aliments car elle craignait

toujours d'etre empoisonnée. Sa longue agonie a durée depuis son depart. C'est une vilaine page pour la société, car dés l'abdication du Roi on aurait du l'entourer et émpécher cette jeune femme d'entreprendre ce long voyage huit jours après ses couches" (1).

En cambio del mal juicio que forma de la sociedad madrileña, los funerales de la reina Victoria en el propio Florencia le dan ocasión para felicitarse de la actitud de los italianos respecto de ella y el Príncipe. Había poca gente, pero "a la salida el público ha estado muy bien con nosotros, expresivo y respetuoso. Verdad es que así sucede casi en todas partes, sin que yo quiera decir, al registrar el hecho, que ello sea más aquí que en Inglaterra". Tras de lo cual, la actualidad la hace comentar los rumores de próxima guerra entre Rusia y Turquía: "Desgraciadamente, será difícil evitarla. El discurso del Emperador, la circular de Gortschacow y sobre todo la movilización suena como un *glas* fúnebre en mis oídos. Una vez la opinión pública lanzada a todo vapor —dice la experimentada regente de 1870— es difícil contenerla". Mas la visita del cura de Chislehurst a la ciudad del Arno le da motivo para hablar de sus bellezas que tanto le distraen. "Me encanta admirar a mis anchas tan hermosos cuadros, y será un gran placer para mí volver a ver el museo de Madrid y poder comparar pintores de los cuales no había visto hasta ahora sino pocos cuadros y, consiguientemente, no podía juzgarlos." Pero la ilusión principal del viaje, ella lo declara el 15 de diciembre desde Roma, era la visita a la ciu-

(1) Es curiosa esta versión, poco conocida en España, del fallecimiento de la respetable señora que fué ocasionalmente nuestra Reina. En efecto, el príncipe Luis Amadeo, luego Duque de los Abruzzos, nació en Madrid el 31 de enero de 1873. Su padre abdicó y emigró el 11 de febrero siguiente. La princesa Margarita aludida es la luego reina Margarita de Saboya, esposa entonces del príncipe Humberto.

dad de los Césares. "Héme aquí —dice a su madre— en *tu* Ciudad Eterna... Iré mañana a ver al Santo Padre y, después del desayuno, recorreré la población. No puedes imaginarte mi alegría, lo veo y no lo creo; talmente me parece imposible alcanzar una meta tan deseada. Voy a estar fuera todo el día porque tengo pocos y mucho que ver, pero he querido que tú seas la primera en participar de mi placer y de mi dicha de estar *en Roma*. El Santo Padre ha recibido a mi hijo admirablemente bien y le ha acompañado, aunque estaba enfermo, hasta la segunda pieza, cosa que hace raramente, *incluso con los Soberanos*. Hasta ahora, todo está pasando bien, pero hay tantas dificultades que, aun con toda la satisfacción que siento, cuando vuelva será cuando respire libremente."

De vuelta a Florencia sus cartas a la madre, al Duque de Alba y al administrador Prota, con motivo de los esponsales de Huéscar y la Condesa de Siruela, van registrando su satisfacción por el acontecimiento de familia que se avecinaba. Su ilusión por asistir a la boda es enorme, sobre todo desde que sabe que, no coincidiendo con la de Alfonso XII y Mercedes de Orleans, no habrá temor de que coincidan en España los príncipes de esta Casa y la viuda de Napoleón III. Pero la fatalidad lo impidió: "Querida sobrina —escribe en 8 de diciembre de 1877 a la que dentro de nada sería Rosario Huéscar—: Voy a contarte mis penas. Todo lo tenía listo, los billetes tomados, mi vestido para la boda hecho, pues no quería presentarme de negro. Sólo esperaba la noticia del nuevo Ministerio para salir". ¿Qué había pasado? Una anticipación de fecha para el suceso y un retraso en la solución de la crisis planteada por el Ministerio Broglie-Fourton (crisis en la cual jugaba un tanto indirectamente el interés o, por lo menos, los ensueños de los imperialistas). Pero para la Emperatriz fué una

contrariedad evidente la suspensión del viaje. "Renunciar es para mí —y lo subraya— *un sacrificio grandísimo;* he luchado todo lo que he podido, y ha sido una fatalidad que no se me haya podido arreglar mejor." Y lo malo era que la política francesa tampoco llevaba trazas de arreglarse a su gusto. Todo tendía a la estabilización de la República. Por eso, en las cartas a su madre, apenas si aparecen otros temas que los puramente internacionales; los propósitos que se atribuían a Bismark de disolver la Cámara alemana; el Congreso de Berlín sobre los Balkanes; el atentado de Nobiling a Guillermo I. Desengañada, pues, de la política, refugiábase para consolarse en sus grandes afectos familiares. Uno de ellos es nuevo: la Duquesa de Huéscar, que llegará a ser su corresponsal más frecuente, se le ha metido en el corazón desde el primer momento: "Para vosotros, hijos míos —la dice—, siempre seré una madre afectuosa y tierna". El otro es ¿cómo no? el hijo de veras, el Príncipe Imperial, en pleno triunfo de juventud durante su viaje a las cortes del Norte. ¡Con qué ufanía copia la Emperatriz párrafos de cartas que hablan de sus éxitos! En Copenhague, al brindar con los Reyes, "la musique a joué la Reine Hortense". ¡El himno que fué oficial de Napoleón III hasta que en las postrimerías del Imperio se adoptó la Marsellesa! De fijo esos compases de *Partant pour la Sirie,* música de Hortensia de Beauharnais, llegaron a través de los mares hasta los oídos de Eugenia de Montijo como una brisa salutífera que, en cierto modo, aliviaba la asfixia de su *découragement.*

Mas de él no había de salir, ¡oh dolor!, sino para entrar en *les mois tragiques* que dan título a la penúltima sección de la correspondencia privada de la Emperatriz de los franceses. Ni una sola carta de las anteriores a

la muerte del Príncipe falta en ella. De las posteriores muy pocas, y algunas no son sino vibraciones de la misma nota de agudísima pena que vibra en las publicadas. Hay, por ejemplo, una sin fecha, pero cuyo tono evidencia que su corazón sangra aún de la reciente herida. "Me hablas —dice a su madre— de lazos que me ligan aún a la tierra, de la humanidad, etc. Hay dolores de los que se consuela uno, hay soledades que se pueblan, pero hay penas que no se pueden ni rozar, porque todo hiere y harta y nada consuela, sino la esperanza de reunirse con quienes amábamos y el consuelo de ver que el día transcurrido no volverá más... Si yo encontrase un rincón de la tierra donde mi nombre fuera desconocido, donde mi triste historia fuese ignorada, querría tomar conmigo los preciosos restos de aquellos que me han sido robados y vivir allí en medio de ellos." Y respirando, sin duda, por la herida de los desagrados de Jerónimo Napoleón y sus partidarios, exclama: "Yo puedo asegurarte que he visto cosas tristes. Sin ser injusta, confieso que he visto también cosas conmovedoras, pero todo lo que toca a la política es horrible". Y cuando llega el 15 de agosto, la consuetudinaria fiesta imperial, el recuerdo dolorido del año anterior llora en los puntos de su pluma: "Por la última vez debíamos festejar juntos este día. ¡Qué dolor hay en los aniversarios! ¡Yo quisiera pasarlos inadvertidos!" Deseo que encierra luego en una sentencia cuya aplicación fué al cabo norma que se impuso para lo sucesivo su voluntad de hierro: "Oublier le passé c'est la seule manière de suffrir moins". Y, sin embargo, durante meses, asida a lo único que del pasado queda en su vida, escribe diariamente, o poco menos, a su madre: "He estado dos días sin escribirte", le dice disculpándose el 18 de agosto del año de su martirio. Chisporroteo final de un amor filial que tres meses después se extinguiría con la vida de la anciana Condesa del Montijo.

Aún se podría, espigando entre las que clasifiqué como *Lettres de survivante*, dirigidas en su mayoría a la duquesa Rosario y a su hijo el Duque actual, cerrar esta coletilla del epistolario con el extracto de algunas docenas de ellas, no exentas de parciales y curiosas alusiones a personas y cosas que la Emperatriz conoció y vió durante los ocho lustros que aún pasó sobre la tierra. Pero ya la Emperatriz no es la Emperatriz. Es la Condesa de Pierrefonds que vaga errante por el mundo como huyendo de sí. Aunque no por eso deja de ser siempre la españolísima Condesa de Teba, la mujer valerosa que, enferma seriamente, se empeña en trasladarse a París desde la villa Cyrnos en Tayo de 1898, por si, desde más cerca, puede influír con mayor éxito en el curso de la desastrada guerra con los Estados Unidos. Cuando lo resuelve, dice a su sobrina: "J'ai du remettre mon voyage a cause de ma maladie mais j'aime mieux risquer les fatigues du voyage que de me bruler le sang ici; mon imagination de 20 ans cadre mal avec mes années!" Y, ya en París, el 31 del mismo mes, dice a la sobrina: "Je voudrais bien avoir l'influence que tu me crois. Elle sérait toute en faveur de ma chère Espagne". Es la experimentada estadista que, en el momento de la liquidación del desastre puntualiza con toda serenidad la situación: "Dame noticias de la Reina y del Rey. Tú crees en un serio movimiento carlista, pero me parece que el país sólo pide reposo tras estas sacudidas. Quiera Dios que pueda llegarse a una inteligencia en la cuestión de la deuda de Cuba, etc. Son también muy importantes los tratados de comercio, porque, si no ¿qué va a ser de los catalanes? Tranquilízame sobre estos puntos importantes". Y es, en fin, el alma generosa que, valiéndose de otro corazón femenil que latía al unísono del suyo, el de la Duquesa de Alba, y no pudiendo "boucher de ma chaise longue", escribe con

lápiz a su sobrina encargándola contribuya como quiera a la suscripción en pro de los soldados repatriados: "Tienes carta blanca para eso; es el dinero que gasto con más gusto; pero continúa haciéndolo sin publicidad".

Y basta ya de esta un tanto confusa rapsodia compuesta con retazos epistolares de la más saliente española que conoció el siglo XIX. Cierto estoy de que el lector, aun viéndola, a través de ellos, entre los bastidores del escenario de su vida pública, sin afeites ni composturas mientras atendía a menesteres prosaicos y exigencias cotidianas y vulgares, seguirá considerando a Eugenia de Guzmán tal como Hanotaux la describió en el prefacio de sus cartas: "Alma grande, hecha para el mando, mujer bella y brava, soberana magnífica, madre desesperada."

F. DE LLANOS Y TORRIGLIA.